



MI CORAZÓN AMERITA

A Francisco J.
Fernández Martínez †

Profesor, tengo una duda: La clase ya comenzó y, comenzó sin usted...

El tiempo pasó y cuando un amigo se va, parece que queda un espacio vacío: la continuidad de una historia, a pesar de tu ausencia.

Nos despedimos sin despedirnos, ¡Eso hacen los amigos! El último día que nos vimos, te vi llorar a tu padre. Nuestro último abrazo, fue de pésame, ¿coincidencias? No creo que nuestra amistad haya sido algo fortuito: los amigos siempre son regalos de Dios.

Siempre supiste ser un alma generosa en un mundo de tintas oscuras; un rebelde con causa, de aquellos que saben encender en los corazones los anhelos por hacer de un mundo ideal uno real, porque siempre te manifestaste apóstol de la realidad. No era extraño que enseñaras literatura.

En los agobiantes vaivenes de las discusiones, siempre había un tono profético, casi místico, pero sin duda, mundano, adjetivo que para ti no resulta un insulto, sino más bien, un halago a la realidad, a la autenticidad de tu existencia y eso, sin duda, no caía en menoscabo de tu discreta sabiduría envuelta en versos de protesta, canciones de amor y la sencillez de una plática.

De Fausto E. Méndez

Luz escrita



Llegaste buscando nuevas promesas en esta tierra, quizás sin la esperanza de dar clase, pero entre pastos y salones, hablaste tanto de Neruo como de Cervantes; de Palinuro como de Agustín de Hipona...

No funcionabas en tu cubículo, entre papeles y sueños de aire acondicionado; pero fue ahí donde me hablaste de aquel sermón de las finezas de Cristo, aquel texto que busca exponer cuál fue la mayor muestra de amor que le ha hecho Dios a los hombres (Por cierto, ¿recuerda cuál fue?); el sermón aquel que remordía la conciencia a las ambiciosas y llenaba de vergüenza a los agradecidos; el sermón aquel que le trajo problemas a Sor Juana como a ti te metía en apuros trabajar en informes y formas.

Algo bueno tuvo ese ajeteo, pues a mí me hizo conocer no sólo un gran maestro si no también un sabio y ocurrente mentor, esos que se presentan quién sabe cómo o porqué, pero dejan una huella no sólo en el compartir de su conocimiento, también en el corazón que educan arrojándole luz.

Muchas cosas de ti me resultaron un misterio. Quizás no te conocí como se conocen los amigos de toda la vida, pero en el poco tiempo de conocernos, nos hizo falta vida para leer libros, viajar de nuevo, compartir el pan y el vino, en fin, nos hizo falta tiempo para verte doctor en letras y que me vieras doctor de almas.

Ante el misterio de nuestra ausencia, se escuchan los recuerdos de aquellas imaginaciones, de aquellos anhelos de justicia y esperanza que las circunstancias no te permitieron cambiar. Resuenan los recuerdos en el silencio que nunca supiste (ni quisiste) respetar.

Un reclamo me queda hacer y es el extremismo al que llegaste, después de haberme acusado a mí de tal exceso: te dolió mi partida, aunque he regresado más de una vez. Te vengaste, compadre, pues te fuiste para no volver.

“Recuerda quién eres”, el proverbio que marcó tu vida como una búsqueda por la Verdad en la nobleza de un rebelde silente, de un rebelde que no dejó de trabajar hasta que su voz se ahogó en la soledad del creyente, es decir, en los oídos de Dios.

Celebro tu vida, hoy que recuerdo tu nacimiento, hoy que tengo un amigo a quien ya no puedo abrazar, pero sí recordar en la lectura de los últimos años como aquél faro que ilumina en medio de una tormenta. Regresaste a casa. Ya se cumplió tu tiempo, pero tu luz sigue brillando.

Profesor, ¿dónde está usted? La clase comenzó... Dejó un libro con unas cuantas palabras y varias páginas en blanco:

Amico in gaudio, frater in tenebris.

Hasta siempre, compadre.

Que la luz no se apague.

TOMA Y LEE Artículo

Todo lo escrito es totalmente responsabilidad del autor.
Derechos reservados.

Sus comentarios son importantes para nosotros,
escribanos a: revistatomaylee@gmail.com y con el autor:
fausto_mendez92@hotmail.com